

LXIX |  Temporada de ópera

Crítica

Una gran noche

La temporada operística del Campoamor se cierra con un éxito rotundo capitaneado por un elenco vocal en estado de gracia

Cosme Marina



"Rigoletto"

Giuseppe Verdi. Intérpretes: Celso Albelo (tenor, duque de Mantua), Juan Jesús Rodríguez (baritono, Rigoletto), Jessica Pratt (soprano, Gilda), Felipe Bou (bajo, Sparafucile), Alessandra Volpe (mezzosoprano, Maddalena), Pauline de Lannoy (mezzosoprano, Giovanna/La Condesa), Ricardo Seguel (bajo-baritono, conde de Monterone), José Manuel Díaz (baritono, Marullo), Pablo García López (tenor, Borsal), Javier Galán (baritono, conde de Ceprano, ujier), Lara Ralinho (soprano, paje de la duquesa). Dirección musical: Marzio Conti. Dirección de escena: Guy Joosten. Coro de la Ópera de Oviedo. Lugar: Oviedo Filarmonía. 26 de enero. Teatro Campoamor.



Juan Jesús Rodríguez, como Rigoletto. ÓPERA DE OVIEDO

En 1894, dos años después de la apertura del teatro Campoamor, ya estaba el "Rigoletto" verdiano sobre las tablas del mismo. Desde entonces ha sido uno de los títulos de referencia continuada en la cartelera del coliseo ovetense (incluso en 1948, en la inauguración del mismo). Estamos ante unos títulos más populares del repertorio internacional y de los predilectos del público ovetense, con presencia, nada menos que en veinte temporadas. Este año el Campoamor cumple 125 años y es oportuno recordar que es y ha sido un teatro público que ha acogido una impresionantemente diversa diversidad de espectáculos y actos culturales (teatro de prosa, cine, danza, conferencias, exposiciones, etc.) pero ha sido la lírica —ópera y zarzuela— su columna vertebral a lo largo de su ya extensa andadura, la que ha forjado su preeminencia y su prestigio nacional e internacional. Conviene tenerlo en cuenta.

Se cierra una nueva temporada de ópera y se hace a lo grande, con un éxito rotundo capitaneado por un elenco vocal en estado de gracia que arrebató al público del estreno y que reafirmó el gusto y regusto verdiano de la afición carbayona, siempre volcada cuando las cosas salen bien en un título como "Rigoletto". Obra maestra, universalmente reconocida y que, a día de hoy, nos sigue interpelando. El abuso de poder, la violencia de género, la venganza, son algunos de los vectores principales del argumento, asuntos en plena vigencia que a diario asoman la patita en los medios, incluso en "cortes republicanas" de añejo sabor zarista o en los flamantes visillos dorados del despacho más ovalado del poder mundial. Estamos, por tanto, ante una ópera canónica de la que cada espectador tiene su propio punto de vista, en la escena y en el canto. Y ese conocimiento popular hace subir el

nivel de exigencia. Ahora bien, el umbral de la excelencia ya se buscar por otros cauces. Habrá quien prefiera un perfil vocal en el que prime el volumen o la pirotecnia (lo que el maestro Muti llama, "el circo") o quien apueste por el refinamiento expresivo o el matiz que tanto bien hace a las partituras verdianas de la trilogía popular, al enfatizar el peso dramático que no se sustenta en el efectismo sino en un acercamiento de mayor erudición. Es lo que el maestro Marzio Conti ha tratado de impulsar desde el foso ya desde el prelude: una lectura que, sin renunciar al contraste dinámico, a la pulsión de contraponer con brío los diferentes planos sonoros, abriese, desde un planteamiento efectivo y posibilista, otro tipo de horizontes. No es fácil que todo un reparto entre por esta vía —el esfuerzo que exige es mayor— pero el intento no fue baldío y se consiguió algo más que una impecable labor concertadora; los logros fueron relevantes y la orquesta respondió y también, en líneas generales el elenco y el propio coro de la Ópera de Oviedo, en una correcta actuación en estos meses de clara transición hacia un nuevo modelo de trabajo.

Cuando se cuenta, en un título de estas características, con un cast de primera categoría, los resultados adquieren de inmediato otro nivel. Y el elenco de este "Rigoletto" es de los que la afición recordará durante tiempo. La noche empezó con aviso y susto, que el público conjuró aplaudiendo: se informó que el baritono Juan Jesús Rodríguez se estaba

recuperando de un proceso gripal. A tenor de su intervención puede decirse claramente que los aires ovetenses contribuyeron a una espléndida mejoría. Quien es uno de los baritonos verdianos por excelencia de nuestro tiempo retuvo el cetro con autoridad, y ni los virus consiguieron hacer mella en su hermoso timbre, en la belleza

Juan Jesús Rodríguez hizo un Rigoletto admirable, y Celso Albelo deslumbró por cómo afrontó cada escollo vocal

La puesta en escena de Guy Joosten es un tanto "viejuna"; no hay riesgo y se queda en tierra de nadie

de un sonido emitido con garra y esplendor. Volcado en una interpretación canónica, su Rigoletto tuvo intensidad y entrega admirables. Se agradece en escena su valentía y la capacidad de interiorizar el rol con eficiencia, sin caer en los tics demasiado arquetípicos de otros colegas suyos que acaban deformando el carácter del bufón, la tragedia de su patética existencia. También valiente es Celso Albelo en ese rol tan ansiado vocalmente por los tenores. El duque de Mantua permite exhibición y pirotecnia. Es un papel que necesita, para tener la entidad necesaria, un gran cantante, algo que Al-

belo es, y con creces. Erigido como una de las voces españolas más solicitadas en los circuitos, se ha hecho fuerte en este repertorio y, en el estreno, deslumbró por la holgura con la que afrontó cada escollo vocal. Su duque es chispeante e incluso sale vivo de algunas imposiciones escénicas desafortunadas. Eso dice mucho y bueno del cantante tinerfeño que nos dejó un alarde técnico y una presencia vocal imponente, arrolladora.

Se agradeció y mucho el enfoque vocal tan exquisito de la soprano Jessica Pratt como Gilda. Refinamiento expresivo de altos vuelos el suyo, más allá de la belleza del "Caro nome", con musicalidad cuidada y tan bien delineada en cada pasaje, en los dúos, en los concertantes. El dominio de la coloratura belcantista sin necesidad forzar, ni de enfatizar con alardes innecesarios, el dominio de la media voz, y la capacidad para apianar sin perder el color, fueron líneas maestras de una interpretación que creció, desde un inicio un tanto titubeante, un pelín plano, según avanzó la noche. Entre el resto del extenso reparto hay que destacar especialmente al Monterone de Ricardo Seguel. Correctos Felipe Bou como Sparafucile y la Maddalena de Alessandra Volpe, cumpliendo el resto de los intérpretes con creces. Esto hizo que no solo brillasen

las individualidades, sino que el trabajo conjunto también adquiriese mayor solidez.

Es la tercera puesta en escena de Guy Joosten que se ve en estos últimos años en la temporada. Estamos ante una veterana producción de la Ópera de San Étienne, un tanto "viejuna", enmarcada en esa tendencia bastante desfasada de mezclar diferentes épocas históricas a través del vestuario y la escenografía. Busca Joosten ambientación enjaulada y tenebrista. La corte y el lumpen conviven en el exceso pero poco o nada se aporta desde el punto de vista dramático. No hay riesgo en su versión, con lo cual todo se queda en una tierra de nadie que convierte su punto de vista sobre la obra en inocuo e irrelevante. Sobran escenas absurdas —el baile en "La donna è mobile" es tan tremendo que parece una especie de sketch malo de "Benny Hill"— y falta un criterio narrativo más claro y preciso. Como dicen los magos para despistarnos con el truco, nada por aquí, nada por allá. Y efectivamente nada fuera de lo convencional se obtiene de un montaje que no acaba de tener, pese a pretenderlo, un tono decadentista que le hubiese dado otra entidad. Tibios aplausos y un suave rumor de pateo de fondo despidieron en los saludos finales al equipo escénico. Y, a partir de septiembre, "Sigfried", "Il trovatore", "L'elisir d'amore", "Andrea Chénier" y "Pelléas et Mélisande", en lo que será ya la septuagésima temporada de ópera.



Dos momentos de 'Rigoletto'.

:: OPERA DE OVIEDO

letto', las exigencias vocales son especialmente altas. Por otra parte, los papeles principales son vocalmente complejos y difíciles. El bajo Ricardo Seguel interpreta un Monterone con fundamento. Su papel, reducido pero muy bien vocalizado, lo desempeñó con fuerza y vigor.

A la mezzosoprano Alessandra Volpe le recordamos gratamente cantando hace años con la soga al cuello el papel de Fenema, de 'Nabuco'. Ayer dio vida a Magdalena, la prostituta preñada del duque de Mantua. La intervención en el cuarteto 'Bella figlia dell' amore' fue su momento estelar. Felipe Bou, habitual de las temporadas operísticas, interpreta a Sparafucile, el sicario de Rigoletto, con veracidad.

Y, aunque le habíamos escuchado en Asturias en galas líricas, una de las veces con el barítono Leo Nucci, hasta ayer el tenor canario Celso Albello no había cantado en las temporadas de ópera. Excelente debut de uno de los grandes tenores líricos de la actualidad, muy aplaudido de principio a fin. Y también debutó ayer en Oviedo la soprano Jessica Pratt, con una voz de soprano lírica muy bonita, aunque le falta un poco de potencia, y se va centrando a medida que transcurre la acción, cuando pierde ese perfil inocente para convertirse en una mujer enamorada.

Indudablemente, Juan Jesús Rodríguez es en estos tiempos el barítono verdiano por excelencia y, aunque se avisó al principio de que estaba recuperándose de una gripe, su actuación, especialmente en la variedad expresiva que dio a Rigoletto, fue excelente.

Un 'Rigoletto' musicalmente bien llevado, sobresaliente en los papeles masculinos (especialmente el del bufón) y con una escena con luces y sombras. A veces buscados, pero con un ligero desenfoque en el tercer acto.

Un 'Rigoletto' de claroscuros

La ópera de Verdi, con gran empaque vocal, cierra la 69 temporada ovietense

Había sed de esta partitura, interpretada con brillantez desde el punto de vista musical y más floja en la escena

:: RAMÓN AVELLO

OVIEDO. Desde hace trece años, las gracias y desgracias de Rigoletto no aparecen por el Teatro Campoamor. Precisamente, la última vez fue en enero del 2004. Para una ópera tan popular y sobre la que se conocen tantas referencias y versiones, trece años es mucho. Por eso se puede decir que hay sed de 'Rigoletto', manifestada especialmente cuando la ópera está protagonizada por un elenco de voces tan destacado como el que desde

ayer hasta el próximo 4 de febrero clausura la 69 temporada. Así lo demuestra un Campoamor abarrotado en la representación de ayer y las entradas prácticamente agotadas para las siguientes funciones. El público, tan receptivo que hasta aplaudió el aviso que se dio al inicio de que el barítono Juan Jesús Rodríguez, que interpreta a Rigoletto, «está recuperándose de un proceso gripal», lo que no impidió que su actuación fuese esforzada e impecable.

Guy Joosten es un director de escena bien conocido por el público de la ópera de Oviedo. Hace unas temporadas, introdujo a Werther entre los azulejos de una cocina y más recientemente situó a Figaro en el interior de un florido invernadero. En

'Rigoletto', también cambia atmós-

féras en aras de la actualización y mete a Rigoletto a un bundel, eso sí, siguiendo pautas escénicas vetosímiles. Por ejemplo, al enfatizar escénicamente en el primer acto la maldición pronunciada por el conde Monterone resalta el elemento dramático de una ópera que inicialmente se titulaba 'La Maldición'. Tal vez como un símbolo de la intemporalidad del drama, el director de escena utiliza un vestuario de época -siglo VII- que después se cambia por uno de la segunda mitad del siglo XX. En el tercer acto, se ambienta en los suburbios de una ciudad portuaria actual, creando una escena a veces demasiado tétrica.

Marzio Conti, al frente de Oviedo Filarmonía, es un director efectista, pero, sobre todo, eficiente. Cualidades que se necesitan para una ópera

como 'Rigoletto', en la que la orquesta tiene autonomía propia, y al mismo tiempo, un delicado sentido concertante. Conti llevó 'Rigoletto' con corrección. Ya en el preludio mostró la orquesta su voluntad de relieve, de claridad en los motivos y de contrastes dinámicos.

En 'Rigoletto' Verdi solo utiliza un coro de voces graves, pero le confiere una importancia escénica y musical de primer orden. El Coro de la Ópera de Oviedo, dirigido por Elena Mitrevska, consigue un nuevo éxito, especialmente a partir de la segunda escena, cuando cogieron más empaque. Partes como el secuestro de Gilda mostraron un coro de voces graves compacto y bien afinado.

Como apuntábamos más arriba, en una ópera tan conocida como 'Rigo-